

Número 26

Año I

El Album

DE MADRID
Semanario ilustrado

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID

6-OCTUBRE-1899



15 céntimos



UNA SEVILLANA

	FABIÁN MERINO ENCUADERNADOR Farmacia, 7.—Madrid. Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.	CENTRO DE SUSCRIPCIONES Y ENGUADERNACIONES DE Juan Antonio Martínez Z, PORVENIR, Z. LA UNION.—(MURCIA) Este Centro se encarga de la explotación de toda clase de obras, periódicos y revistas para la venta y suscripciones en esta plaza y sus pueblos limítrofes, y dispone de personal capaz para el mayor éxito en esta clase de negocios. Corresponsal en La Unión de EL ALBUM DE MADRID
DISPONIBLE	DISPONIBLE	
"EL FÚNEBRE." AGENCIA DE POMPAS FÚNEBRES Fuencarral, 106. Teléfono 2.304. Servicios fúnebres completos desde lo más modesto á lo más lujoso. Coronas, lápidas, traslados y embalsamamientos. DESPACHO PERMANENTE		DISPONIBLE



EL ALBUM DE MADRID

6 DE OCTUBRE DE 1899

UNA LÁGRIMA

Era mi novia y reñimos, por no sé que chiquillada. De esto hace ya muchos años. ¡Como que yo pensaba en novias todaví! Reñimos... y ella se echó á llorar. ¡Qué hermosa estaba llorando! Sus lágrimas brotaban una á una, de aquellos ojos azules y esplendorosos como un cielo. Parecía una lluvia de primavera. Con vergüenza lo digo; me enternecí de tal modo, que estuve á punto de proponerle una transacción: casi me dieron intenciones de enviarme un beso á manera de parlamentario...

Yo no sabía entonces lo que eran las lágrimas; figurábase, que aquel líquido que derramaban los ojos, á impulso de una gran pena, era la misma pena desleída; una especie de transformación de aquel mismo sentimiento, que harto de verse encerrado en el alma, ó en el cuerpo, ó donde fuese—yo no me metía en tales honduras,—brotaba al exterior en líquidos raudales; y tanto más me confirmaba en esta idea, cuanto que había llegado á saber que muchos dolores se calman ó desaparecen con el llanto.

Resistí, pues, como un héroe, los vehementes deseos que

me asaltaban de firmar las paces con mi novia, aplazando la capitulación para más tarde.

Con toda la crueldad de un mata-moros ó de un canibal, me separé de la pobre muchacha, cuidando, eso sí, de llevarme á hurtadillas una brillante gota de aquel dolor materializado.

—¡Ah, ladrón!—me decía la conciencia por lo bajo.—Deja esa lágrima en su sitio: dójala en aquella megilla, para que semeje el pétalo de una rosa, salpicada de rocío... (Advertiréis que mi conciencia, tenía un modo de expresarse como cualquier poeta de aguachirle.)

Pero ¡qué había yo de abandonar la lágrima! Me dirigí con ella á casa de un afamado espiritista, y le dije:

—Amigo mío: ¡tíen usted la bondad de mandarle un recadito á cualquier químico de los que se hallan en el otro mundo! No me sirven los vivos, por que tal vez divulgarían nuestra conferencia, y eso no me conviene.

—Al momento—me contestó el brujo—y procedió á hacer evocaciones y otras hechicerías, que me pusieron los pelos de punta.

—Ya tiene usted aquí el espíritu de Fourcroy—me dijo el espiritista.

Y con una sagacidad y delicadeza que nunca alabaré bastante, abandonó la estancia.

Me pareció una tontería preguntarle á un espíritu por la salud, así es que, sin cumplidos de ninguna especie, aunque con respeto, me dirigí á Fourcroy, diciéndole:

—Aquí traigo una lágrima... ¡podrá usted decirme de qué se compone!

Una pequeña ráfaga de aire, un débil aliento vino á chocar contra mi frente, y deslizándose hacia el oído, sentí que alguien murmuraba.

—Toma lápiz y escribe.

Hicelo así, y mi mano, llevada por una fuerza desconocida, comenzó á hacer garabatos en el papel.

—«El principal elemento de las lágrimas, es el agua...»

Este primer descubrimiento me desconcertó.

¡Mi novia lloraba agua!... ¡Tanto valdría haberme enamorado de una fuente de vecindad!

—«Esa agua lleva en disolución una sustancia animal llamada *mucus*...»

Hice un gesto de desagrado. En unos amores románticos, el *mucus* desempeña muy desairado papel.

—«... un poco de sosa, fosfato de ídem...»

—Dispénsame usted—dijo al espíritu—ese *ídem* es un producto químico que no conocía.

—«... fosfato de sosa...» ¡Ah!—«Fosfato de cal... sal marina...»

—Eso sí: sé por experiencia que las lágrimas de mi novia tienen sal. Adelante.

Pero el lápiz no corría, quiero decir, que Fourcroy callaba.

—Prosigas usted—repetí.

Igual silencio por parte del espíritu.

—Pero, ¿y el dolor?—pregunté, no dándome por vencido.—

¿No querrá usted decirme cuántos átomos de dolor navegan en esa agua, en amigable compañía con el *mucus*, la sosa, la sal marina y los fosfatos? ¿No se llora de pena?... ¿No se llora de placer? Pues ¿qué diablos...—y perdóneme el espíritu—tienen que ver el agua, ni la sosa, ni la sustancia animal, con aquellas sensaciones?

—Vamos, ¿quiere usted decirme, qué parte de pena hay

desleída en esta lágrima? Una regla de proporción me enseñará qué dosis de sentimiento contiene todo el llanto de esa mujer.

Hecha la pregunta, esperé dos, tres, cinco minutos... ¡Era para desesperarse! El químico callaba como un muerto.

Salté á la calle, dándole á todos los espíritus y con la lágrima en el dorso de la mano, me dirigí á casa de mi novia.

—Te he robado una lágrima—la dije.—Yo creí que me llevaba *algo*; pero ¡qué decepción! ¿Sabes lo que lloras, ingrata...? Pues lloras agua, y... etc., etc., etc. Le repetí todo lo que me había dicho Fourcroy—Toma tu lágrima.

Alargué la mano; pero en aquel instante un rayo de sol, que escondido en el repliegue de una nube nos acechaba, acudió sediento, bebiéndose aquella gota de rocío.

—¡Cómo!—exclamé admirado.—¿Luego Fourcroy se ha reído de mí...? Tú debes llorar nectar, porque Apolo se ha bebido tu llanto.

(Entonces estaba yo muy fuerte en mitología.)

—De todos modos—continué—yo no quiero nectar, ni agua, ni sales, ni fosfatos; todo eso será muy bueno para un dios del paganismo ó para un boticario; pero no para mí que soy tu novio, que te quería con toda mi alma... y que aun te quiero... (esto se lo dije así, muy bajito) que te daba amor por amor y penas por penas y alegrías... Guárdate tu sal marina y ¡adiós!

Di dos pasos para alejarme de ella... y me paré; volví involuntariamente la cabeza... la contemplé un momento... El agua y los fosfatos continuaban saliendo á borbotones de sus ojos.

—No te quiero—la dije.—Ni yo á ti, me contestó. Anduve un poco más; volví á pararme... Yo no sé que cosa, *algo* indefinible me subió del corazón á la garganta, amenazando ahogarme... Yo creo que fué pena. Sentí calor en los ojos y una gota ardiente como plomo derretido, surcando la mejilla fué á caer en mi mano.

Sin darme cuenta de ello estaba otra vez delante de mi novia.

—Anda—me dijo ella al oído—lévale esa lágrima á Four-croy.

—¡No!—la contesté—Me diría que era agua y sal y fos-fatos...

—¿Pues qué es?

—Es... Mira va á salir el sol; pero lo que es esta vez te juro que no me pilla desprevenido, y que sus rayos llegarán tarde al festín.

Y á instancias de Apolo, bebí el delicioso nectar en la copa misma donde rebosaba.

..

No me cansaré de repetir que estos dimes y diretes con mi novia, los tuve hace ya mucho tiempo, cuando yo usaba novia y melenas y lágrimas y versos sentimentales á diario.

Hoy... yo mismo no me conozco; he suprimido la novia, y las melenas y las rimas... Sólo conservo el llanto, con la esperanza de encontrar un socio capitalista que me ayude á explotar la sal marina y los fosfatos que hay en disolución en las lágrimas.

Confieso con franqueza que no puedo envanecerme de haber inventado esta *industria*. ¡Hay tantas gentes que al en-jugar las lágrimas del prójimo, procuran quedarse con ellas para hacer su negocio!

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

Contra-refrán

Yo no sé si en Bilbao ó en Barcelona, en Cádiz ó Gerona, hubo un pobre mendigo que dormía allí donde la noche le cogía.

Y siempre al que pasaba

á su lado, limosna le imploraba.

Así anduvo pidiendo

dicho pobre treinta años, padeciendo.

Más una vez estando

á la sombra de un árbol descansando,

comiendo un bocadillo

distinguió muy cerquita un taleguillo,

lo coge y ve que en oro

contenía el talego un gran tesoro.

«Con esto,—se decía,

iré á una sastrería

y mando que se me haga de buen paño

un traje que me dure todo el año;

después con más doblones

compraré una gran casa con balcones,

y muebles, y criados

que me llamen D. Pedro en todos lados.

Una cama de barras muy doradas,

y doncellas, porteros y criadas,

y buena cocinera,

que guise los manjares que yo quiera.

Al año, al pordiosero,

se le vió con levita y con sombrero,

se le vió paseando,

con las gentes más ricas alternando.

.....

Más, ¡Ay! ¡Todo acabó!

Pues la muerte llegó,

y aunque fueron de Europa los doctores más sabios, sus dolores

no fueronle curados.

y murió *el gran don Pedro* entre criados.

¿De joven qué ostentó?

Hambre, arapos, miseria, mas murió

entre goces, tesoros y riqueza,

y su entierro fué asombro de grandeza.

¿Y existe aún quién se alaba

diciendo «quien mai anda mai acaba»?

Si así fuese ¡Oh lector! Dicha sentencia

cuanto rico estaría en la indigencia.

EDUARDO TEJERINA

Valladolid.



EL TREN CORTO

Cruzaba yo el desierto de la vida solo, y envuelto en nubes de dolor, sin un recuerdo el alma dolorida que evocase dulzuras del amor.

Nacido para amar, era un misterio mi existencia fugaz, sin ideal, y así llegué al sombrío monasterio que Felipe erigió en el Escorial.

Cesó del tren el rudo movimiento y mi vista, en el coche contemplé súbita aparición que en un momento aquel triste recinto iluminó.

Sonriente, cual niña juguetona más que mujer, aparecióse allí con la arrogancia de gentil matrona, con la hermosura de celest eburi.

Sus ojos placenteros, amorosos, revelaban al ser angelical, la expresión de sus labios candorosos presagiaban ventura sin igual.

Era aquella mujer imagen viva de la mimosa y delicada flor del suelo tropical, la *sensitiva*, tan súbita al placer como al dolor.

Poco después, dos almas generosas á nuevas emociones renacían; conferencias dichasas un lazo de amistad entretejan, y en acentos sinceros de ternura forjábanse ilusiones de remontarse á celestial altura para gozar en calma la vida del más puro idealismo; la placidez del alma, salvando de la ausencia el gran abismo. Llegó rápidamente la cruel separación, y se alejaron siguiendo la corriente que sus destinos á los dos trazaron. La dura realidad hondas tristezas acumuló en la vida de estos seres y... cada vez más lejos vieron desvanecerse las bellezas de aquel soñado cielo de placeres.

Aún brillan los reflejos de aquella luz que iluminó radiante mi espíritu infeliz atribulado, aún te sigo anhelante grata visión que contemplé arrobado; y á través del espacio y de la ausencia, yo, que tan sólo idolatrarte ansió, rayo de amor te envío delirante; ¿quieres un corazón? Acepta el mío.

B. PÉREZ RIOJA

SENSITIVAS

Si es que aún has de olvidar lo que tanto me has jurado, me tienes ¡Oh! que entregar la prenda que confiado llegué en tí á depositar.

Mas si eres fiel á mi amor, guárdala siempre con celo, si mueres, llévala al cielo pues sólo así mi dolor podrá tener un consuelo.

Te vi, te amé; más luego arrepentido lo creí una locura y te olvidé. Y otra vez olvidando aquel olvido vuelvo á anidar el amor que desprecié.

¿No comprendes que es ciego y por lo tanto merece su locura dispensar? Devuélveme tu amor, oye mi llanto, volvamos nuestras almas á juntar.

No pretendo cual otros de sus amadas, amorosas sonrisas de esas que habían. Tiernos suspiros, ó gozar en sus brazos gratos idilios.

Tampoco aña mfa pido á tus labios, un beso silencioso muy prolongado?

..... ¿Qué es lo que ansío? que me miren tus ojos cual yo los miro.

EDUARDO TEJERINA.



EMMA LEIWELL

EL SANTO DE LA NIÑA

D. Palomino Zancadilla es un escribiente del ferrocarril del Norte, muy amante de la música, de la familia y de las patatas fritas.

El día de Santa Rita es el santo de su hija y con este motivo se desprende de los manguitos y de un puñado de pesetas que adquiere con la garantía de un pañuelo de Manila de su esposa Benita, la hija de unos apreciables boteros de la calle de la Abada, muertos hace años en olor de pez y á consecuencia de fiato crónico.

Estamos en pleno día de la hija de Zancadilla.

—¿Qué treas ahí?—pregunta Benita á su marido, el escribiente de pequeña velocidad.

—Ocho docenas de bollos, de veinticinco céntimos...

—El bollo?

—No, hija! La docena.

—¡Vaya una cosa elegante que has traído! ¡Qué dirán las hijas de Fiambré!

—¡Nada! Porque ya quisieran las de Fiambré los bollos para echarlos en el puchero.

—Tu hija se merece algo más! Podías haber traído huevos hilados, pavo trufado, jamón en dulce y...

—¡Sopla! ¡Sopla! Ya se conoce que eres hija de unos boteros.

—¿Por qué lo dices?

—¿Por lo soplada que te estás volviendo!

Zancadilla coloca en una bandeja, que parece una rueda dentada, los bollos y un cuarto de kilo de yemas de Portugal.

—Papá!—le dice Rita.—¡Me parecen pocas yemas!

—¡Sí! ¡Pues si te parecen pocas échalas las yemas de los dedos! ¡Pues no queréis que saque muchas cosas de un pañuelo de Manila!

En la sala, á falta de mesa de centro, han colocado el fregadero, con la tabla de planchar encima, poniendo, á guisa de tapete, la funda de una butaca.

—¡Supongo, Zancadilla, que no habrás invitado á mucha gente?

—A los compañeros de sección; pero no se si Pérez traerá al jefe del Movimiento!

—¡Estás loco, papá! ¡Traer á una casa tan chica el jefe del Movimiento!

—¿Y qué voy á hacer si viene?

—¡Decirle que se esté quieto!

Zancadilla y su hija recorren todas las sillas de la sala para ver si están bien encoladas.

Benita, como el fregadero lo tienen haciendo de mesa, está fregando los platos en el brasero.

—¡Oye! Benita ¡y la muchacha, esta mala?

—La he mandado acostar porque decía que no se encontraba bien.

—¿Y cómo te vas á arreglar, para atender á los convidados?

—¡Ya veremos!

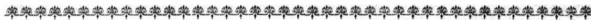
—¡El mejor día la Libra da nos dá un susto con su sonambulismo!

Desde las ocho de la noche la casa de Zancadilla parece un colegio electoral; todo se vuelve entrar gente.

Cada vez que suena la campanilla y entran nuevos convidados, nuestro escribiente palidece, clava la vista al cielo raso de la habitación y pide á Santa Rita un imposible: que le agrande la casa.

La mujer no cesa de decir:

—¡Pasen ustedes...! ¡Adelante...! ¡Tanto bueno por aquí...! Ustedes perdonarán; pero como la casa es tan pequeña, hemos puesto el guardarrropa en la cocina... ¡Zancadilla, toma los abrigos de Purita y su mamá y llévalos al guardarrropa!



—¡A la cocina no!—gritan las dueñas de los abrigos.
—No tengan ustedes cuidado, la hemos fregado hoy!—
—contesta Zancadilla.

Todos van tomando asiento donde pueden y bollos de la bandeja.

—¿Qué mona viene Purita! ¿Se hace ella los vestidos?

—Sí, señora.

—Mira Rita, qué bien la sienta, el cuerpo de encaje pardo sobre la falda verde manzana. ¿Qué te parece á tí Zancadilla?

—¿Purita? ¡Me parece una avispa!

Casimiro, el novio de Rita, se extasia mirándola y chupándose las yemas de Portugal.

¡Al piano! ¡Al piano!

Purita, la avispa, canta su romanza predilecta *La Sirena* con tanta propiedad, que los circunstantes tienen que taparse los oídos porque la voz de Purita, no es voz, es el pito de un trasatlántico.

Al concluir *La Sirena*, una salva de aplausos resuena en la sala; pero no se sabe si efectivamente son aplausos, ó si es que se sacuden de las manos el azúcar pegajosa de los bollos.

—¡Otra! ¡Otra!—grita Casimiro.

—¡Otra copia!

—¡No! ¡Otra copa de aguardiente!

Después de apurar los bollos de la bandeja y acabar con el aguardiente rebajado de precio, piden los convidados que toque Rita.

—¿Que toque! ¡Que toque!

—Yo te volveré la hoja—dice Casimiro.

—Tú, no! Porque tienes en los dedos una cosa que se te pega el papel y lo rompes.

—¿Qué quieres que tenga en los dedos?

—Las yemas!

—No, hija—interrumpe Benita—las yemas las tiene en el estómago.

Rita se sienta al piano y en diez minutos y varios obstáculos despacha la fantasía de *La Africana*.

—¡Bravo! ¡Muy bien!

—¿Qué le ha parecido á usted la ejecución de *La Africana*?—pregunta la madre de Rita á un señor que tiene á su lado.

—¡No cabe más, señora! ¡Ni un moro de rey la ejecuta con más propiedad!

—¡Ahora, que cante Purita la *Sonámbula*!—piden algunos. Purita se resiste al principio, pero al fin cede, á instancias de un oficial de un juzgado de primera instancia.

Todos se preparan á oír el pito de la sirena, cuando de improviso se abre la puerta del gabinete y aparece Librada sin más ropa que la epidermis, como si acabara de salir en aquel momento de la fresquera.

Verla aparecer, y lanzarse sobre ella Benita, todo fué uno. Zancadilla, no encontrando tela á mano para cubrir las carnes de Librada, tira de la funda de la butaca, derriba la tabla de planchar y tira al suelo el quinqué que había encima de la tabla, haciéndose la oscuridad en la habitación y haciéndose un lío todos los convidados.

Cuando pasados cinco minutos se pudo encender luz, vieron con asombro que todos los convidados habían desaparecido.

Benita, presa de angustia, buscaba á Librada que había conseguido escaparse de sus manos.

Después de registrar toda la casa, se la encontraron metida en la tinaja del agua, y puesto en la cabeza el sombrero de copa de Casimiro.

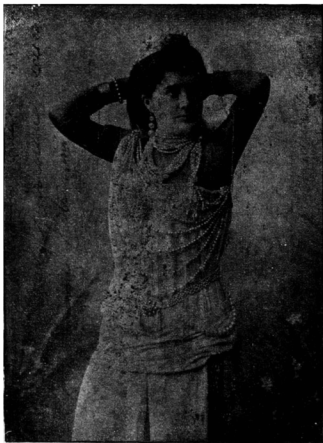
—¡Ay mamá!—dice Rita al verla.—¿Se habrá ido Casimiro sin sombrero?

—¡No, hija! ¡Sabes lo que se ha llevado?

—¿Qué, mamá?

—¡El tubo de encender el brasero!

E. LUQUE MÉNDEZ-VIGO.



LUISA TETRAZZINI



★ REA 22

CARMEN COBEÑA

LA FLORERA

I

Cuando veía pasar alguna elegante dama que, recostada en un lujoso *landau*, vestida con rico traje y adornada con valiosas alhajas, miraba con indiferencia á su alrededor, sentía que la envidia se apoderaba de ella, y deseaba poseer mucho dinero, y ser *señorona* para pasearse en coche.

Era el único flaco que Carmen la florera tenía. Vendiendo violetas, nardos, ó las flores que la estación produjera; vivía pobremente con su 'abuelita' en una bohardilla. A pesar de las asechanzas de la miseria, Carmen conservaba su pureza: era honrada á carta cabal. Diariamente era molestada por gomosos que, al comprarla las flores, deseaban comprar también las rosas que por sus mejillas tenía, pero la florera les contestaba siempre con esta popular frasecilla, que acompañaba con una graciosa sonrisa: «Están verdes.»

Alegre, vivarachita, contaba con numerosa parroquia, y si aquel sentimiento, como dijimos antes, no hubiera tenido acogida en su corazón, habría vivido más feliz que alguna de las *señoronas* que envidiaba... Pero nadie es perfecto. Así es que, cuando veía alguna encopetada dama, que en lujoso carruaje pasaba por la calle de la Montera, donde ella vendía las flores, y con su porte aristocrático denotaba su elevada alcurnia, Carmen pensaba para sus adentros:

—¡Quién fuera rica!

II

Y siempre con el mismo deseo, llegó un día en que un pariente suyo, dueño de una gran fortuna, enamoróse de Carmen, tan loca y verdaderamente, que al poco tiempo la

florera se convirtió, por obra y gracia de Cupido, en la esposa de un joven millonario.

Su ambición constante velase al fin satisfecha. Paseaba en coche, vivía en un lujoso palacio, y una numerosa servidumbre satisfacía sus más insignificantes caprichos. Era amada, era feliz... pero en su corazón sentía algo que no acertaba á definir; algo que, escondido en él, bullía con la constancia de una pesadilla. Bien pronto conoció la antigua florera la causa de aquel desconocido sentimiento.

Un día salió de paseo, acompañada por su esposo, en una elegante berlina. El vehículo acertó á pasar por la calle de la Montera, donde Carmen vendía las flores, y recordándolo, volvió la cabeza, buscando con la mirada á las que fueron sus compañeras... Allí estaban, con los nardos en una mano, alegres, sonrientes... *dichosas*.

Entonces Carmen conoció lo que sentía: ella, rica sí, pero sujeta á las tiranías de la moda, á las rígidas reglas de la etiqueta; obligada á asistir á bailes, reuniones de sociedad, hacer constantes visitas y hallarse, en fin, aprisionada en su riqueza y sujeta á todas sus imposiciones; tuvo *envidia* al ver á las floreras que, libres cual el pájaro, no tenían más voluntad que la propia, y dirigiendo una sonrisa á su esposo que, pretendiendo conocer lo que la acontecía, la miraba con fijeza, pensó, al mismo tiempo que el coche se alejaba de aquel sitio:

—¡Quién fuera florera!...

EMILIANO RAMIREZ.

Septiembre 1890.





MENSAJE

Jilguerillo amoroso,
vuela á mi bella,
pero vuela en silencio
que no te sienta.
Y si te sienta,
dile que yo te he dicho
que sí me quiere.

Que un momento no puedo
vivir sin ella,
que quisiera á mi lado
siempre tenerla.
Y que no olvide
al que por su cariño
tan sólo vive.

ARTURO G. CARRAFA.



ROSARIO PINO

PARA LAS SEÑORAS

DE LA ELEGANCIA,, SEMANARIO ILUSTRADO DE MODAS

Traje de carreras

De finísimo paño rosa. Falda en forma muy amplia por abajo y sumamente ceñida en las caderas. Se cierra de arriba abajo en un costado. Cuerpo ajustado, cerrado á un lado y escotado sobre un pechero de seda blanca, pespunzada de rojo. Todo el traje se adorna con bordados de seda crema y galones de seda, formando lazos y dibujos. Manga de codo con adorno análogo. Toca drapeada, de color rosa y con un pájaro mar colocado en el lado izquierdo.

La Elegancia es el periódico más completo de modas. Se compone de doce páginas y publica figurín iluminado, patrón cortado, hojas de labores y ocho páginas de novela. Precio: 25 céntimos.

Se publica todos los domingos.

Administración: **Jorge Juan, 16.**—Madrid.



LOS RIVALES

I

Eduardo vino á la corte con el propósito de estudiar leyes, y desde el primer día llamó la atención de los estudiantes su aspecto tímido y asustadizo. El traje de corte elegante, el sombrero hongo y los zapatos de charol que habían reemplazado á los gruesos zapatonés, al sombrero *pacero* y al burdo traje que usaba en su pueblo, le sentaban tan mal, que al verle se comprendía era un provinciano disfrazado.

Pero Eduardo era de carácter pacífico y en vez de ofenderse por las burlas de sus compañeros, les despreciaba, dando origen con esta conducta, á que, en vista de su silencio, le motejasen de tonto ó *imbécil*, que ni aun para defenderse tentaba *valor é ingenio*.

II

Eduardo no tuvo en las aulas más que un amigo: Victor. Juntos estudiaban y salían de paseo, llegando á ser tan amigos, que ni aun siendo hermanos hubiera reinado entre ellos mayor armonía.

Victor era un joven vanidoso, muypreciado de sí mismo, que había reñido con todos sus compañeros, por no poder aguantar ninguno sus impertinencias.

Solamente el joven Eduardo, que no conocía el orgullo, transigía con todo lo que hacía su amigo.

— ¡Para qué pones tanto empeño en aprender las lecciones? — le dijo un día — Tú no podrás alcanzar más que un *aprobado* y gracias.

Lejos de incomodar á Eduardo estas palabras que no encerraban ciertamente, el deseo de un amigo leal, le contestó con humildad, que haría todo lo posible por obtener la nota de sobresaliente.

Y así sucedió. Llegado el día de los exámenes, todos los

estudiantes creyeron que el joven Eduardo se emocionaría al verse ante el tribunal examinador, y no contestaría á sus preguntas; pero estas *esperanzas* se vieron defraudadas. El provinciano contestó con naturalidad y notable acierto, obteniendo en todas las asignaturas, las ansiadas notas de *sobresaliente*.

Victor por el contrario, sólo alcanzó la de aprobado en unas, y en otras la de suspenso.

¿Era un agravio para Victor, el que su amigo hubiese logrado tan honrosas notas? Ciertamente que no; pero opinando él de distinto modo, buscó al que hasta aquél día fué su amigo, y con tonos bruscos y amenazadores le dijo:

— Después de la injusticia que acaba de cometer el tribunal; abandonaré mi carrera... ¡Haberte dado notas de sobresaliente cuando no has sabido contestar medianamente á ninguna pregunta!.. Tú, ó has tenido grandes influencias, ó has logrado las notas por sorpresa. ¡Y que me hayan suspendido habiendo hecho un exámen tan brillante.

Profundamente apenado se separó Eduardo de su amigo, pues habiéndole él apreciado mucho, le dolía que tan infundadamente se rompiera su amistad.

Mucho tiempo estuvieron sin hablarse y el día que reanudaron sus relaciones, fué únicamente para enseñar Victor á Eduardo la tarjeta de un diputado á cortes, amigo de su padre, en la cual le invitaba á almorzar.

— Te enseño esta tarjeta, para que veas que te conviene conservar mi amistad, pues dentro de poco seré una influencia en el partido liberal.

Eduardo dió las gracias y los que fueron los mejores amigos del mundo, se separaron friamente, para no volver á verse, hasta que un día Victor le enseñó un tomo de poesías, del cual, el autor del mismo le dedicaba un ejemplar.

— ¿Vés? ¡Autógrafo! — le dijo indicándole la dedicatoria y firma estampadas — El autor de este libro es íntimo amigo

mio, y me presentará á los mejores literatos contemporáneos.

—Me alegro tanto.

Desde aquél día, sólo se vieron cuando Víctor tenía que enseñar alguna dedicatoria ó invitación, creyendo que esto mortificaba á Eduardo y le daba envidia.

Pero el provinciano sólo deseaba obtener *sobresaliente* en todas las asignaturas, para ser abogado y ganar su sustento honradamente. Mas, cansado un día de tanta fatuidad y presunción, contestóle malhumorado, deseando que, *aquello* que no era amistad ni enemistad, tuviese un nombre definido, aunque fuese preciso dárselo á llofetones. Y si no los hubo, fué por la oportuna intervención de los transeúntes.

Victor permaneció en el lugar donde riñeron; como queriendo indicar que quedaba dueño del campo, y Eduardo se alejó. Al llegar á una esquina se detuvo, y volviendo la cabeza miró á Víctor, haciendo un gesto despreciativo y burlón, que á su amigo le pareció estúpido.

III

El crimen fué repugnante, vulgar; uno de tantos como registran diariamente las crónicas de los periódicos; sin nota romántica y sentimental que interese. Había sido una cuestión de celos. Vitor creyó que su esposa le faltaba, y sin pruebas, sin dejar que la infeliz vindicara su conducta, había puesto fin á su existencia del modo más brutal imaginable.

Victor fué encarcelado y sujeto á un proceso. El ministerio Fiscal estimó que habían concurrido en el asesinato todas las circunstancias agravantes que señalan las leyes. Presentó á Víctor, en su notable escrito de acusación, como un ser miserable, que privado de todo sentimiento noble, y cediendo á sus instintos de bestia, había cometido un doble crimen asesinando á su esposa que estaba embarazada.

Por último, el representante de la ley, pedía para el parri- cida la pena de muerte.

IV

El asombro de Eduardo fué inmenso, cuando hojeando un proceso que acabada de recibir, se vió designado de oficio para defender á Víctor Valdivia.

Hacia ocho años que, siendo estudiantes, habían sido rivales por los resultados de los exámenes, llegando á degenerar aquellas diferencias en enemistad y encono.

Pero cuando más olvidado tenía al que fué su amigo y enemigo, en la juventud, se le presentaba encausado en un proceso horrible, tanto por el delito como por la pena pedida.

Eduardo Montalvan y Victor Valdivia iban á verse en las salas de la Audiencia ante un tribunal; pero en qué distinto lugar! El uno, en la simpática tribuna de la defensa; el otro, en el infamante banquillo del reo.

Era preciso estudiar á fondo el proceso, buscar las vueltas á la justicia; en una palabra, salvar la vida de aquel desgraciado. ¡Oh, si él tuviese la dicha de humillar á su contrario regalándole la vida!...

Eduardo confiaba en sí propio, en el nombre que había adquirido en el foro, en su fama de criminalista. El no había sido convidado á almorzar por diputados á Cortes, ni los postas le dedicaban sus producciones, pero estudiando noche y día, trabajando con celo infatigable durante su juventud, había adquirido una reputación sólida, hasta el punto de que los periódicos anunciaban cuándo tenía que informar, y las amplias salas de la Audiencia se llenaban de admiradores.

Una causa en la que se pide para el procesado la pena de muerte, despierta el interés general y hace que el público siga sus trámites con atención.

Así, pues, el día señalado para empezar la vista en el proceso instruido contra Víctor Valdivia, acudió un gentío inmenso, deseoso de oír la maravillosa palabra del juriconsulto.

Basó su defensa en el adulterio de la mujer de Víctor, considerando como causa que justificaba el arrebato y locura

que sobrecogió á éste impulsándole al crimen; pintó con subidos colores los sufrimientos del hombre que se ve ultrajado en su honra; definió los deberes de la esposa, é hizo una sentida invocación al Todopoderoso, pidiéndole que inspirara al Jurado el fallo que había de pronunciar.

Tan elocuente fué su oración forense, que hubo momentos en que sólo el respeto al tribunal impidió que lo multitud entusiasmada prorrumiera en vitores y aplausos.

La causa fué sentenciada conforme á los deseos del defensor, es decir, absolviendo libremente al procesado.

V

Cuando terminó el juicio, y el reo fué puesto en libertad, corrió á arrojarle en los brazos del que fué su amigo y salvador.

CUENTO VIEJO

Un Cardenal italiano, convidó á comer á un íntimo amigo suyo, que era capitán de los suizos que guardan el Vaticano, mansión del Padre Santísimo que viene á ser en la tierra representante de Cristo.

El bueno de su Eminencia, tenía para el servicio del comedor, y ante todo, para que escanciara vino, á unos cuantos mozaletes extremadamente listos, y en especial uno, que era un verdadero prodigio.

Hablándole estaba de éste el anfitrión á su amigo, de los chistes y agudezas que con diversos motivos, dando pruebas de su ingenio, se le habían ocurrido.

El capitán, hombre lero á quien no dotó el Destino de dotes intelectivas, mas sí de buen apetito, después de haberse atracado de manjares sabrosísimos, dirigiéndose al Prelado, dijo gravemente:—Es digno de admiración vuestro paje, aun cuando yo, he conocido muchos, como será éste: de mozos parecen listos, y son llegando á mayores nnos solemnnes borricos.

—Gracias, Eduardo, te debo la vida!

—Sí, Víctor, sí; á pesar de que tú has creído que mis triunfos, en vez de obtenerlos por mis merecimientos, los he logrado por sorpresa ó recomendaciones, he alcanzado hoy un triunfo del que debes tú, más que yo, felicitarle.

Con mis palabras, con mis argumentos, con mis lágrimas, te he salvado la vida. Si ésta te estorba, si el vivir es un sacrificio para ti, aprende á odiarme.

Si la vida te es grata y en el transcurso de ella encuentras satisfacciones y felicidades, bendice mi nombre.

MIGUEL SÁNCHEZ DE LAS MATAS.

A lo que, oportunamente le respondió el pajeillo:

—¡Muy agudo debió ser vuestra merced, cuando chico!

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.

AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS LISTA PERMANENTE

Corresponsales que piden paquetes, pero que no pagan:

Alcalá de Henares.—Julán Lobo.

Atcoy.—Miguel Escobedo.

Cuevas (Almería).—Pedro Pérez.

Granada.—Gabriel Jáuregui.

Sevilla.—R. Morilla.

Toledo.—Constantino Garcés, director de *La Campana Gorda*.

(Se continuará.)

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VELLANEVA, 17.

EL ALBUM DE MADRID

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS VIERNES



Redacción y Administración: Villanueva, 17, Madrid



Precios de suscripción

MADRID			PROVINCIAS			EXTRANJERO		
Trimestre.....	2	pesetas.	Trimestre.....	2,50	pesetas.	Trimestre.....	4,25	francos.
Semestre.....	4	»	Semestre.....	5	»	Semestre.....	7,25	»
Año.....	7	»	Año.....	9	»	Año.....	12	»

Número corriente 15 céntimos.—Idem atrasado 25

Las suscripciones empiezan siempre en 15 de cada mes.—Pago adelantado en sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

Anuncios á precios convencionales.

La correspondencia y valores deberán dirigirse al Administrador, Villanueva, 17.—Madrid.

TAPAS PARA LA ENGUADERNACION DE EL ALBUM

Con el presente número termina el primer tomo de nuestro Semanario. Para su encuadernación tenemos dispuestas unas magnificas tapas en tela, á los precios siguientes:

Tapas sueltas.	1,25 pesetas
Tapas y encuadernación	2,50 »

A provincias las enviamos certificadas por 1 50 y 3 pesetas, respectivamente.

No serviremos ningún pedido que no venga acompañado de su importe.

El tomo encuadernado **NUEVE PESETAS EN TODA ESPAÑA.**

Se venden en la Administración, Villanueva, 17, ó en la encuadernación de F. Merino. Farmacia 7.